

Sucesiones temporales en las tomas de decisión norteamericanas en el «98»

Almudena HERNÁNDEZ RUIGÓMEZ

El 15 de febrero de 1898 el crucero acorazado estadounidense *Maine*, anclado en el puerto de La Habana en visita de cortesía, sufrió una explosión que lo partió en dos y lo hundió en el fondo de la bahía. La responsabilidad de la voladura del navío fue atribuida al gobierno español, sin pruebas contrastadas, por una comisión estadounidense, dando a este país el argumento y la justificación definitivos para una intervención directa en el conflicto hispano-cubano. Aquélla fue la causa de la guerra, pero no la razón o las razones que nosotros pretendemos rastrear en este análisis historiográfico a fin de demostrar el interés de Estados Unidos en promover una guerra en la que, aparentemente, nada tenía que perder y, tal vez, mucho que ganar. Para ello nos debemos adentrar en las raíces y en el móvil que le otorgan la «legitimidad» de suscitar la contienda con España, que no están tanto en hacerse con el control de un espacio geoestratégico de vital importancia —el Caribe— como en la necesidad de abrir un nuevo mercado y alejar la influencia de las potencias europeas del continente americano.

Política exterior y política interior son dos factores de un Estado que van en íntima y estrecha relación en el proceso histórico y, en el planteamiento que traemos a colación —la guerra hispano-cubano-norteamericana de 1898—, Estados Unidos no es una excepción. El país norteamericano sale de la etapa de reconstrucción nacional que siguió a la guerra civil (1861-1865) con los recursos necesarios para convertirse en una gran potencia; el crecimiento poblacional y el desarrollo industrial alcanzaron unos niveles que podían situarlo en disposición de competir con cualquier potencia europea, pese al escepticismo de algunos. Sin embargo, en los últimos veinticinco años del siglo XIX, Estados Unidos, preocupado por el desarrollo interno del país, el afianzamiento y la ocupación de las tierras alcanzadas y la explotación de sus recursos naturales, demuestra poco interés por los asuntos extranacionales, pues para ellos los mercados exteriores no eran vitales y la amenaza externa se deducía prácticamente nula. En consecuencia,

durante estos años observamos el sustento de la tendencia aislacionista¹ que hacia Europa propugnaron Washington y Jefferson y matizará la declaración de principios de Monroe de 1823, básicamente porque la Nación se basta a sí misma; sin embargo, a finales de la centuria esa predisposición se transforma en un anhelo de intervencionismo imperialista que cambiará el enfoque nacional en materia internacional.

A pesar de la generalidad apuntada, las décadas de los setenta y los ochenta fueron de una entusiasta actividad diplomática, dispuesta a enmendar asuntos que la confrontación nacional había dejado sin resolver, como fue la pretensión de algunas potencias europeas por recuperar áreas continentales y entre las que cabe destacar la anexión por parte de España de la República Dominicana (1861-1865) o el proyecto de Napoleón III de instalar en México el Imperio del archiduque Maximiliano de Austria (1861-1867), empresas que fueron desmanteladas por causas naturales más que por las presiones del entonces secretario de Estado Seward². En cuanto a la tendencia expansionista iniciada décadas atrás se contabilizan más fracasos que éxitos: fracasos como la pretendida cesión de dos islas de las Indias Occidentales danesas a cambio de algo más de siete millones de dólares, la adquisición de una base naval en la península de Samaná³ en la República Dominicana o el plan de anexión de las islas Hawai, todos ellos sin posibilidad de alcanzar el objetivo deseado porque el Congreso les negó su ratificación; y éxitos como la compra de Alaska a Rusia por más de siete millones de dólares que, si bien fue ratificada por el legislativo, dejó indiferente a la población⁴, y al encerrar el deseo subyacente de hacerse con parte de Canadá provocó el resentimiento y el incremento de la tensión anglo-estadounidense.

¹ «Es aislacionista porque tiene asegurada su propia seguridad y su desarrollo económico, porque se siente lo bastante grande, física y moralmente, para no necesitar ni de conquistas ni de alianzas», Jean-Baptiste Duroselle, *Política exterior de los Estados Unidos. De Wilson a Roosevelt (1913-1945)* (México: Fondo de Cultura Económica, 1965), p. 13.

² Puesto que en Estados Unidos había dado comienzo la guerra civil cuando ambos sucesos ocurrieron y, en consecuencia, poco o nada pudo hacerse para frenar los intentos europeos, el gobierno se debió limitar a una protesta formal, que fue mucho más dura y agria para España a quien se llegó a amenazar veladamente con represalias sobre Cuba y Puerto Rico.

³ Estados Unidos intentó hacerse con la base carbonera de la península de Samaná antes de que España se anexionara Santo Domingo en 1861 y volverá a intentarlo años después, cuando durante el mandato del general Grant el secretario de Estado Fish, apoyado por los especuladores de Nueva York, retomara una obsesión que hizo suya y que no dejó de lado hasta que el Senado rechazó el tratado de anexión el 30 de junio de 1870. Véase Jerónimo Becker, *Historia de las Relaciones Exteriores de España durante el siglo XIX (Apuntes para una historia diplomática), tomo II (1839-1868)* (Madrid: Est. Tipográfico de Jaime Ratés, 1924), pp. 562 y ss.

⁴ El proyecto de Alaska fue recibido tan escépticamente por la población que se la conoció como «la nevera de Seward».

Sin embargo, el gran proyecto exterior que Estados Unidos retomó tras la confrontación Norte-Sur fue la cuestión de Cuba, en guerra con España desde 1868. No son nuevas las intenciones de Estados Unidos sobre la isla española, analizadas convenientemente en varias investigaciones que demuestran que desde Jefferson están imprimiendo una presión y tensión sobre la región para hacerse con su control total, pues es la llave de entrada y salida del Golfo de México y, por tanto, un enclave geoestratégico de vital importancia para el comercio estadounidense que desde Nueva Orleans enlaza con los puntos de destino más inmediatos. Tanto el presidente Grant (1868-1876) como el Congreso se mostraron férreamente decididos a declarar a Cuba país beligerante, lo que les hubiera facilitado su entrada en la contienda, pero el secretario de Estado Fish presionó con gran dureza para conseguir que no se aprobara tal resolución, temiendo que la decisión provocaría la guerra con España y enardecería los ánimos de otras potencias europeas. Ello no fue óbice para que se emplearan distintos métodos en la empresa por controlar la Isla⁵.

No son éstos los únicos casos en los que la diplomacia estadounidense se vio envuelta, aunque sí quizás los más significativos por la trascendencia que pudieran tener para los objetivos nacionales, suscitando el estallido de fuertes pasiones entre la población, hábilmente inflamadas por la prensa escrita, que hicieron de la cuestión de Cuba una empresa nacional por la que merecía la pena luchar hasta las últimas consecuencias. Pese a que los gobiernos sucesivos se preocuparon por mantener viva la tensión popular, el aislamiento siguió siendo la tónica general.

El cambio operado durante los años setenta y ochenta culmina en la década siguiente, la de los noventa, en la que la situación tanto interior como exterior experimenta una nueva orientación de consecuencias trascendentales. En primer lugar, porque es el momento en que se inicia el imperialismo estadounidense, diseñado para extenderse sobre dos ejes: el Caribe y el Pacífico. En conexión con este movimiento se encuentra el progresismo, que se halla en franca expansión tras la crisis populista de finales del siglo XIX⁶, produciendo la aper-

⁵ Véase Almudena HERNÁNDEZ RUIGÓMEZ. «Pretensiones anexionistas de Estados Unidos sobre la Isla de Cuba (1848-1861)», *La Era /sabelina y la Revolución (1843-1875)*, XIII Jornadas de Historia Militar, «Cátedra General Castaños», Sevilla, 13 a 17 de noviembre de 2006 (ep).

⁶ «El progresismo... no fue exclusivamente liberal..., sino que tenía un lado conservador, incluso reaccionario. Los progresistas solían ser hostiles hacia la inmigración, indiferentes hacia la condición de los negros y más o menos de tendencia pasable ante los sindicatos. No fue un movimiento unificado... más bien consistió en impulsos reformistas, distintos, que pretendían metas divergentes. Existía ciertamente un tipo de mentalidad que podía re-

tura de la tensión internacional, promovida por las necesidades comerciales, la búsqueda de mercados y el establecimiento de unas áreas de influencia entre los países más fuertes industrial y financieramente que pretende la protección de aquellos mercados. En segundo lugar, por los partidos republicano y demócrata mantienen un equilibrio entre sus votantes que recrudece la lucha política al ser el partido en el poder quien dicta las normas de la política económica y laboral. En 1891 gana las elecciones el demócrata Grover Cleveland, pero en 1893 despusa una profunda depresión que durará algo más de tres años e impulsará a los republicanos a la Casa Blanca en la persona de William McKinley (1896-1901), bajo cuyo mandato tuvo lugar la entrada de Estados Unidos en la contienda hispanocubana, análisis que abordaremos desde dos aspectos que nos parecen reveladores para comprender la importancia y trascendencia de la empresa. En primer lugar, la ideología sobre la cual se asienta el imperialismo que ahora empieza y, en segundo lugar, la situación económica de Estados Unidos que de alguna forma nos desvelará el objetivo y la envergadura de tal decisión política.

EL DETERMINISMO GEOPOLÍTICO DE ESTADOS UNIDOS

Cuando los países americanos alcanzan su independencia respecto de sus metrópolis europeas a principios del siglo XIX todos ellos, excepción hecha de México durante un año y Brasil hasta 1888, optan por el sistema republicano. Gracias a su posición geográfica y a la adopción de este modelo político, el continente empieza a tener personalidad propia y aislada de Europa, permitiéndole a Estados Unidos pergeñar el concepto de *Hemisferio Occidental* que será dictado para la vieja y monárquica Europa en la famosa declaración de principios que el presidente Monroe revela el 2 de diciembre de 1823. En ella, el país del norte previene a los europeos contra posibles intervenciones o colonizaciones en los «continentes americanos», declarando que considerarían peligroso para su paz y su seguridad cualquier intento de las potencias europeas de implantar su sistema político en cualquier región del continente⁷. Inicialmente y dado su carácter uni-

conocerse como progresista y que unía a reformistas verdaderamente diferentes entre sí... La mentalidad progresista era sobre todo moralista. Poseía una veta de fervor moral que recordaba al protestantismo evangélico, del que sin duda derivaba en buena parte». Mario Hernández Sánchez-Barba: *Historia de Estados Unidos de América. De la República burguesa al Poder presidencial*. Madrid: Marcial Pons, 1997, pp. 287-288.

⁷ Kames W. Gantenbein, *The Evolution of Our Latin America Policy. A Documentary Record* (New York, 1971), pp. 323 y ss.

lateral, ésta que la historiografía denomina Doctrina Monroe no prevé la adopción de una relación más estrecha con los Estados iberoamericanos puesto que se la considera una política «interna»⁸ de clara tendencia antieuropea; sin embargo, el tiempo y la historia se encargarán de tergiversar, ampliar o adulterar la política, otorgándole ellegitimismo del futuro intervencionismo.

En estos términos, la adopción de dicha fórmula política adquiere un enunciado más agresivo y arbitrario, que tiene en la expansión territorial en general y en la guerra con México de 1845-1848 en particular su razón de ser. Planteada por el periodista John O'Sullivan, esta transformación adquiere la denominación de *Destino Manifiesto*⁹ y encierra una idea de misión, arraigada en la religión protestante que los Padres Fundadores llevaron a la América británica, con la que se pretende justificar que la colonización y el dominio del continente son el destino de Estados Unidos. El ejecutivo toma como propia la nueva política, una vez más sin la ratificación del Congreso, haciendo de este nuevo principio el ideal estadounidense de llevar la civilización y la democracia a cualquier punto del planeta. Cuando se alcanza el Pacífico en 1848 y se da por concluida la conquista del Oeste, la idea de *frontera* parece haber llegado a su fin, aunque ésta no se da por finalizada hasta 1890, cuando todo el territorio continental ha sido organizado¹⁰. Es en 1893 cuando Fredrick Jackson Turner pronuncia la conferencia titulada *La frontera en la Historia Americana*, de extraordinaria repercusión puesto que en ella se plantea la necesidad de abrir un nuevo espacio (*new frontier*), relacionado directamente con la necesidad de controlar un mercado exterior que garantizara la importación y exportación de productos, todo ello bajo la hábil y altruista idea de implantar los principios civilizadores de Estados Unidos en otras naciones, especialmente el Caribe y el resto de Iberoamérica, es decir, en el Hemisferio Occidental.

⁸ La doctrina de Monroe se formuló y proclamó por el ejecutivo, sin que el Congreso tuviera parte en ello. Al tratarse de una declaración presidencial no podía formar parte de las leyes internacionales, siendo incongruente con dichas leyes al negarles a otras naciones el derecho de hacerse con tierras en América. Federico G. Gil, *Latinoamérica y Estados Unidos. Dominio, cooperación y conflicto* (Madrid: Tecnos, 1975), pp. 62 y ss.

⁹ «El cumplimiento de nuestro destino manifiesto es extendemos por todo el continente que nos ha sido asignado por la Providencia para el desarrollo del gran experimento de la libertad y autogobierno. Es un derecho como el que tiene un árbol de obtener el aire y la tierra necesarios para el desarrollo pleno de sus capacidades y el crecimiento que tiene como destino.»

¹⁰ Oficialmente, en este momento, «ya no puede decirse que haya una línea de frontera», Maldwyn A. JONES, *Historia de Estados Unidos. 1607-1992* (Madrid: Cátedra, 1992), p. 271.

En el transcurso de este último cuarto del siglo XIX y mientras se está perfeccionando el aparato teórico, surgen dos figuras que sin duda debemos considerar como prototipos de la ideología expansionista-imperialista que Estados Unidos va a desarrollar justamente a partir de 1898. Son William Henry Seward, secretario de Estado con Lincoln (1861-1865) y Johnson (1865-1869) y Alfred Thayer Mahan, capitán de la marina.

Seward confecciona la idea de un imperio comercial estadounidense de alcance mundial, basado en la potenciación de la industria e impulsando la apertura de nuevos mercados en el exterior a fin de evitar la limitación del interno; abogaba para ello por el apoyo que tanto la marina mercante como la de guerra deberían proporcionar para el control de aquellos mercados así como de las rutas comerciales. Sin pretender un colonialismo a la vieja usanza, sugiere un expansionismo que «debería conseguirse a través de acuerdos, cónsules, barcos y cañoneras»¹¹. Básicamente, la preocupación de Seward consiste en dar salida a los productos nacionales, remediando con ello la limitación del consumo interno en épocas de crisis económicas, causante del malestar social y de los conflictos internos. Hacia la consecución de este objetivo, el Caribe se convierte en una región de incalculable valor, pues permite la apertura de una nueva frontera y el asentamiento de un mercado donde los productos agrícolas estadounidenses y las materias primas caribeñas tendrían un diligente intercambio en ambos espacios. Inmediatamente, en el Congreso se empiezan a oír voces a favor de la apertura de los mercados iberoamericanos, pudiendo apreciarse en la década de los ochenta claros indicios de la facilidad con que esta región proporcionará a Estados Unidos la estructura económica necesaria para dar salida al excedente de su producción y de sus capitales.

La propuesta de Seward fue oficialmente esculpida en la Primera Conferencia Panamericana, celebrada en Washington en octubre de 1889 y con ella el diseño de una ideología llamada *panamericanismo*, proyectada por el entonces secretario de Estado James G. Blaine. La idea, nacida en los inicios de 1880, sigue los principios hispanoamericanistas que Simón Bolívar quería emprender en su proyecto de Confederación de Estados hispanoamericanos, que dejó delineada en la *Carta de Jamaica* de 1815 y quiso llevar a la práctica —con más

¹¹ Hans-Joachim KÖNING, *El intervencionismo norteamericano en Iberoamérica*, en: Manuel Luceña Salmoral (coord.), *Historia de Iberoamérica, tomo III: Historia Contemporánea* (Madrid: Cátedra, 1992), p. 411.

voluntad que éxito— en el Congreso de Panamá de 1826. Frente la aparición del ideal panamericanista también hay que tener en cuenta el auge del gran colonialismo europeo que, a partir de la Conferencia de Berlín (1884-85), servirá para excitar los ánimos estadounidenses en pos de la apertura de mercados exteriores y no quedarse fuera del reparto colonial.

Blaine argumenta que lo que se pretende es entablar contactos con las repúblicas iberoamericanas para establecer fórmulas de cooperación en el terreno militar y diplomático y, sobre todo, para garantizar las relaciones comerciales que, en definitiva, será el proyecto principal bajo el que se esconden los principios panamericanistas. Unos meses antes de la apertura de la Conferencia, en marzo de 1889, se crea la Unión Comercial Panamericana¹² que, formada por parte estadounidense por hombres de negocios —banqueros, navieros, comerciantes, hombres de la industria textil y del acero, entre otros—, tendrá como objetivo servir de motor e impulso de las sucesivas conferencias panamericanas. Un nuevo organismo creado en noviembre de 1890 —la Cámara de Comercio de las Repúblicas Americanas—, dependiente del ministerio de Asuntos Exteriores estadounidense, capta y desarrolla el proyecto en toda su extensión y dinamismo, como así podremos ver en el futuro. Ha quedado diseñado definitivamente el «sistema americano» que, apoyado en la Doctrina Monroe, permitirá a Estados Unidos intervenir en los litigios futuros que resulten peligros para su paz y seguridad.

Dicha política se inaugura en el conflicto de límites entre Venezuela y Gran Bretaña de 1895, una vieja disputa por la que ésta ansiaba poseer la desembocadura del Orinoco a fin de tener un mejor acceso al comercio del norte del continente meridional, instando a Venezuela al pago de la deuda contraída bajo la amenaza de la intervención armada. El gobierno venezolano reclama la ayuda y el apoyo de Estados Unidos esgrimiendo la Doctrina Monroe, dando motivos para su entrada en la disputa y demostrando una fuerte resistencia a las pretensiones británicas; para conseguir que se sometiera al arbitraje estadounidense, el secretario de Estado de Cleveland, Richard Olney, envía un durísimo despacho al gobierno inglés en el que deja al desnudo el auténtico propósito de la Doctrina Monroe: «Hoy día, los Estados Unidos son prácticamente soberanos en este continente, y su mandato es ley para los sujetos a quienes limita su interposición. ¿Por qué?... Porque además de todas otras razones, sus infinitos recursos a los

¹² Cuyas oficinas se alojaron en un gran edificio donado por Carnegie, el «rey del acero».

que se aúna su situación de aislamiento los hacen dueños de la situación y prácticamente invulnerables contra una o contra todas las potencias juntas». Olney, en suma, hace partícipe a Gran Bretaña de que a su país le asiste el derecho a intervenir ilimitadamente en toda cuestión que afecte a los dos continentes americanos y ponga en peligro sus intereses¹³.

A Alfred Thayer Mahan, profesional de la marina, se le considera el doctrinario del expansionismo estadounidense, teniendo en el presidente Theodore Roosevelt (1901-1909) al alumno más aventajado. A través de su obra, iniciada a partir de 1875 en conferencias y libros, especialmente *La influencia del poder del mar en la historia, 1660-1783*, publicado en 1890, y siguiendo el devenir histórico del Imperio británico, Mahan demuestra que para ser una gran potencia mundial hay que dominar el mar. La tesis expuesta tiene dos bases sobre la que se asienta: el poder marítimo y la estrategia naval. En cuanto al primero, el que domina el mar vence siempre y por eso la Inglaterra victoriana alcanzó la supremacía mundial indiscutible. Para Mahan hay una estrecha relación entre marina de guerra poderosa, comercio marítimo y colonias. Por lo que respecta a la estrategia naval, la idea de Mahan gira en torno a la concentración de una flota compuesta por barcos de guerra, debiendo establecerse el dominio absoluto en el Golfo de México y el Mar Caribe.

El impacto que su idea produjo dentro de Estados Unidos encontró el receptor perfecto en Theodore Roosevelt, sobre todo a partir de su nombramiento como subsecretario de Marina en 1897 bajo el mandato de McKinley, aunque el desarrollo de la marina a través de la incorporación de bases navales y de un crecimiento significativo de la armada se habían iniciado unos años antes, cuando el secretario de Marina Benjamin F. Tracy propone en 1889 el plan de remodelación¹⁴. En consecuencia, durante tres décadas la marina de Estados Unidos va a registrar el cambio más significativo de historia, pasando del sexto lugar en

¹³ El ministro inglés, lord Salisbury, respondió en términos no menos intransigentes, aunque sí más corteses, que «la norma del señor Olney de que corresponde a los Estados Unidos decidir las cuestiones americanas aún suponiendo que estuviera apoyada en lo dicho por el presidente Monroe (que no lo está), no puede sostenerse en ningún razonamiento tomado del derecho internacional. El gobierno de los Estados Unidos no tiene derecho a afirmar, como proposición universal, con respecto a un número de Estados independientes, por cuya conducta no asume responsabilidad alguna, que sus intereses están en juego en lo que pueda ocurrir en dichos Estados, tan sólo por el hecho de estar situados en el hemisferio occidental», Gordon CONNELL-SMITH, *Los Estados Unidos y la América Latina* (México: Fondo de Cultura Económica, 1977), p. 123.

¹⁴ Esta decisión coincidió con el conflicto mantenido con Alemania por las islas Somoa (1889-1890).

1889, al cuarto en 1900, al tercero en 1906 y al segundo en 1907; el presupuesto naval, por su parte, pasará de 21 millones en 1885, a 31 millones en 1891, a 79 millones en 1902, a 104 millones en 1906, a 137 millones en 1909. Ambos parámetros disminuirán durante la presidencia de Wilson¹⁵.

EL MATERIALISMO ESTADOUNIDENSE DE FINALES DEL SIGLO XIX

Estados Unidos alterna en su devenir histórico períodos de idealismo político, social y económico con otros marcados de fuerte materialismo. Idealismo hubo en la lucha por alcanzar las libertades individuales durante la guerra de independencia, en los principios wilsonianos por lograr la paz mundial y el orden internacional, en la cuestión por los derechos civiles, en la protesta contra la guerra de Vietnam...; el materialismo, que se ha intercalado entre las etapas anteriores y aparentemente parece darse en contadas ocasiones, tiene consecuencias y efectos más persistentes y duraderos, pudiendo observarse en los «felices años 20», en la época de Reagan y sobre todo y principalmente en el período que nos ocupa del último cuarto del siglo XIX.

La década de los ochenta y noventa de esta centuria son la época dorada de Estados Unidos. Historiadores e intelectuales apuntan que no habrá nunca un desarrollo económico y social semejante al registrado en este último tercio y nunca un período se extenderá y perdurará tanto en el tiempo, gracias sobre todo a la llegada de un contingente de inmigrantes europeos que pusieron su esfuerzo al servicio de la nueva patria¹⁶. Dinamismo, transformación, modernidad: estamos frente el futuro, diseñando un país que hasta este momento se ha limitado a asentar las bases de su propia estructura interna y ahora está dispuesto a emprender su andadura independiente, incluso fuera de sus propias fronteras. Los valores materialistas sobre los que se asienta y afianza este período son de tres tipos: el **económico**, referido a la transformación financiera, mercantil e industrial que registra Estados Unidos, haciéndola pasar a un *status* de potencia

¹⁵ Jean-Baptiste DUROSELLE, *ob. cit.*, pp. 18-19.

¹⁶ «La llegada entre 1865 y 1894 de más de 15 millones de inmigrantes (procedentes en su mayoría de Europa del sur, centro y este) potenció un crecimiento demográfico espectacular, al tiempo que todos los sectores de la economía experimentaron una expansión sostenida», Sylvia L. HILTON, «América en el sistema internacional, 1783-1895», en: Juan Carlos PEREIRA (coord.), *Historia de las relaciones internacionales contemporáneas* (Barcelona: Ariel, 2001), p. 99.

de primer orden, capaz de competir con países como Gran Bretaña, Francia y Alemania; el **social**, relativo a las consecuencias que esta transformación imprimen en la sociedad norteamericana; y, el de orden **espiritual** o moral, que corresponde al impacto que los cambios operan en la imagen que el país tiene de sí mismo¹⁷.

Al salir de la guerra civil y tras la etapa de la Reconstrucción Nacional, Estados Unidos da un salto de gigante hacia un crecimiento extraordinario y sorprendente a simple vista. Desde el análisis demográfico, la población se triplica entre 1860 y 1910, provocando una clara tendencia de la ciudad frente al campo, abastecida por una inmigración que cambió su procedencia del norte y oeste de Europa para granjearse la del sur y este del viejo continente, convirtiéndose sin duda en el motor de la metamorfosis; en agricultura se superaron ampliamente los niveles europeos; sin embargo, el cambio más significativo y radical corresponde al desarrollo industrial¹⁸, especialmente en hierro, acero, carbón y petróleo¹⁹, del que surgieron jóvenes emprendedores que de una forma vertiginosa se hicieron con las fortunas más importantes del país: Andrew Carnegie en el acero, John D. Rockefeller en el petróleo y John Pierpont Morgan en la banca. Ni la sociedad, ni la religión, ni el Estado pusieron trabas a tal expansionismo, en el que empezaron a dominar los intereses de las grandes empresas (*trusts*), que hicieron de su ley el imperio sobre el que se asentó la nueva sociedad norteamericana. Semejante dinamismo empresarial²⁰ fue imposible de controlar por el Estado federal, cuyo pensamiento y grandeza crecía al mismo ritmo de las gigantescas corporaciones, capaces de hacer frente a cualquier oposición o toma

¹⁷ Edgard MALEFAKIS, «Los Estados Unidos a finales del siglo XIX», en: Juan Pablo FUSI y Antonio NIÑO (eds.), *Visperas del 98. Orígenes y antecedentes de la crisis del 98* (Madrid: Ed. Biblioteca Nueva, 1997), p. 270.

¹⁸ «Entre 1860 y 1900 la producción industrial aumentó su valor de menos de 2.000 millones de dólares al año a más de 13.000 millones, la cantidad de capital invertido en la manufactura ascendió de 1.000 millones de dólares a casi 10.000 millones y el número de personas empleadas en fábricas, minería, construcción y servicios pasó de menos de 4 millones a más de 18 millones. En consecuencia, los Estados Unidos ocuparon el lugar de Gran Bretaña como la principal nación industrial y a finales de siglo ya producían cerca del 30 por 100 de los artículos manufacturados del mundo», Maldwyn A. JONES, *ob. cit.*, p. 275.

¹⁹ «El elemento esencial de la revolución económica fue la expansión de la industria del acero y el hierro... Entre 1860 y 1900 la producción de lingotes de hierro aumentó de 800.000 Tm. a casi 14 millones de Tm.; la producción de acero, de proporciones insignificantes a 11 millones de Tm., más que la producción combinada de las dos próximas naciones industriales más poderosas, Gran Bretaña y Alemania», Maldwyn A. JONES, *ob. cit.*, p. 283.

²⁰ En palabras de Rockefeller, «el crecimiento de un gran negocio es sólo la sobrevivencia del más adecuado».

de decisión política que contrarrestara algo de su poder y el país toma conciencia de su grandeza en cualquiera de sus parcelas de competitividad frente al exterior. Desarrollo económico, crecimiento demográfico, urbanización y movilidad social se armonizaron para crear una sociedad imbuida de valores nacionalistas y capitalistas; en definitiva, el triunfo del progresismo —encarnado en la industria, los hombres de negocios, los republicanos, el Norte— frente al populismo —representado por la vieja oligarquía agrícola del Sur y los demócratas.

Todo ello repercutirá enormemente en la política exterior. Empresarios y banqueros empezaron a interesarse por ella en tanto en cuanto necesitaban nuevos espacios en los que invertir el excedente de sus capitales. La base ideológica ya había sido asentada por Seward y Mahan; ahora sólo restaba ponerla en práctica. El *Destino Manifiesto* va a encontrar su momento de gloria, debido a que la frontera se había cerrado oficialmente en 1890 y Estados Unidos necesitaba mirar hacia otros espacios para llevar su civilización y su democracia. El crecimiento naval era un hecho; hombres e industria estaban en condiciones de plantear una situación diferente. El imperialismo norteamericano empieza a dar sus primeros pasos —pese a una relativa oposición interna—, y para ello la cuestión Gran Bretaña-Venezuela de 1895 brinda la primera oportunidad de intervenir, vinculando el principio básico de la aplicación de la doctrina Monroe. Aun así, Estados Unidos no planteará una agresión tan dura como la que hizo contra España por la cuestión de Cuba en comparación con la que mantuvo frente a países de la grandeza y superioridad de Gran Bretaña, Alemania o Francia, potencias todas ellas capaces de hacerle frente. Habrá que esperar a la llegada de Theodore Roosevelt a la Casa Blanca para forjar un programa político de claro desafío a los países más pujantes de la Europa occidental.

En definitiva, Cuba abre en 1895 con la revolución planteada por José Martí contra España la oportunidad ansiada para hacerse, en primer lugar, con una isla apetecida desde hace muchos años, y, en segundo lugar, brinda la posibilidad de dominar una región —que más tarde llamarán Cuenca del Caribe— que albergara los intereses comerciales estadounidenses desde el momento en que se hicieron con el control de Panamá y, en consecuencia, con la soberanía del Canal, inaugurado en 1914. En ese sentido, creemos que con Cuba, Estados Unidos emprende su andadura imperialista sobre el Hemisferio Occidental, claramente asentada en el ideal «América, para los americanos», dejando fuera del hemisferio a los países europeos con pretensiones colonialistas quienes, desde la celebración de la Conferencia de Berlín (1884-1885), ocuparon nuevos espacios en África y Asia, de los que tomaron posesión en el más amplio sentido de la palabra.

CUBA EN EL MARCO DE LOS INTERESES ESTADOUNIDENSES

La gran diferencia entre España y Estados Unidos en vísperas del enfrentamiento armado es, sin duda, la desigualdad de su respectivo nivel tecnológico, del progreso industrial y agrícola, del crecimiento poblacional y de una estabilidad política interna, coyunturas todas ellas necesarias para que una Nación cualquiera pueda adoptar una política exterior ágil y eficaz, que se traduce fundamentalmente en una política de alianzas con las principales potencias antes que en un desarrollo exterior agresivo y/o militarista. No obstante, el poder no reside tanto en las alianzas externas cuanto en una potencialidad industrial capaz de otorgar un volumen tecnológico que impulse la posesión de bases carboneras, la creación de una flota rápida que favorezca el control de vías de comunicación y facilite la defensa de la Nación y de sus colonias, en un momento en que el gran colonialismo europeo está accediendo a otros espacios, provocando el rediseño de nuevas áreas de influencia. El poder colonial se está redefiniendo y España, que mantiene los asuntos de sus colonias en manos del ministerio de Ultramar —lo que supone que son tratados como caracterizadores de la política interior—, se queda atrás en la elaboración de una política exterior capacitada para competir con los más fuertes. Al ser el Mediterráneo y el norte de África regiones preferentes de dicha política, dejan al Caribe encerrado en una categoría sentimental impropia de un país moderno, una cuestión de prestigio nacional, el último reducto de la América virreinal, en la que en definitiva «el honor de España está en juego»²¹.

En contrapartida, Cuba experimenta un extraordinario crecimiento económico gracias a la producción azucarera que la metrópoli jamás podrá absorber, por lo que lo natural es que las exportaciones miren hacia el mercado exterior —británico o estadounidense—, siempre tentador, necesitado de nuevos espacios que amplíen el horizonte y el crecimiento interno. Sin embargo, la imposición de barreras proteccionistas hace que el comercio con el vecino del norte —como con cualquiera otro país— resulte excesivamente oneroso, favoreciendo la tendencia hacia el contrabando.

La ambición o preocupación de Estados Unidos por hacerse con la isla de Cuba ha ocupado prácticamente todo el siglo XIX, lo que se debe ante

²¹ Palabras de Cánovas del Castillo en 1897.

todo a la posición estratégica que ocupa en la distribución geográfica del Caribe, frente a la boca del Golfo de México, dominando la entrada y salida de este pequeño mar, que podría quedar cerrado al exterior si se controla también la península del Yucatán, haciendo las veces de protector del tráfico del río Mississippi; domina el istmo de Tehuantepec y, por lo tanto, facilitaría el control de un futuro canal interoceánico, paso estratégico en el comercio internacional; y, por último, está frente a las costas estadounidenses, a escasos kilómetros de la península de la Florida, pudiendo hacer del excelente puerto de La Habana el puerto que necesitaba la costa norteamericana más próxima. En la campaña de 1896, el candidato republicano McKinley promete la independencia de Cuba respecto a España, pero el decidido y ardiente deseo de ayudar a los cubanos en su lucha por alcanzar la libertad utilizando su fuerza naval y terrestre no debe sorprendernos cuando Cuba alcanza el grado de «apéndice natural del continente» desde 1823. Por ello, cuando se inicia el conflicto nadie duda del deseo e interés que tiene Estados Unidos en una contienda colonial que va a convertir en guerra internacional sólo con su provocación y posterior acción. Baste señalar las cuarenta y dos expediciones que zarpan desde las costas norteamericanas entre 1895 y 1897²².

Con la disputa anglo-venezolana bajo control, a través de la cual se ha reafirmado la fuerza y el vigor de la Doctrina Monroe —hasta ese momento adormecida— la cuestión del canal interoceánico claramente apuntando hacia sus intereses particulares, entra en vigor la segunda fase del Destino Manifiesto —que ahora abanderan los republicanos, fuerza política que promueve el surgimiento de Estados Unidos como potencia mundial e imperial— y la adquisición de la Isla pasa de ser el objetivo más antiguo y anhelado de los expansionistas a la necesidad de que forme parte de sus vínculos comerciales y geoestratégicos en el Caribe, lo que se traduce en la necesidad de bases navales y carboneras para una flota en pleno crecimiento. En este sentido, el año 1895 es fundamental para comprender la disponibilidad estadounidense hacia la guerra.

El 1 de enero de 1898 el gobierno autonómico cubano toma posesión del cargo y tres semanas después el *Maine* entra en la bahía de La Habana en vi-

²² Francisco MORALES PADRÓN. *Historia de unas relaciones difíciles (EE.UU.-América española)* (Sevilla: Publicaciones de la Universidad de Sevilla, 1987), pp. 120-121.

sita de cortesía, pero con su presencia el gobierno de Washington pretende la provocación española²³. La voladura del acorazado el 15 de febrero suscita el cambio drástico en las relaciones España-Estados Unidos. La contienda hispano-cubana se interpreta como contraproducente y atentatoria contra la paz y la seguridad estadounidense, viéndose a corto y medio plazo el perjuicio que podía ocasionar en las inversiones comerciales y en los intereses financieros establecidos en Cuba: la mejor defensa, un buen ataque. La tensión fue *in crescendo* y las semanas postreras, ayudándose de la prensa amarilla y especialmente de la tarea del *Journal Post* que dirigía William Randolph Hearst, que hizo de su guerra una guerra de interés nacional, tergiversando fotografías y noticias, que no sólo confundieron sino que amañaron y llevaron el conflicto hacia donde pretendían las fuerzas económicas y políticas de su país. La presencia de su yate anclado en la bahía habanera unas horas antes de la explosión y en el combate de Santiago julio de 1898), nos advierten del interés tan particular y personal que tiene Hearst por ver el proceso concluido.

El 9 de abril el gobierno español, presionado por las potencias europeas, firma un armisticio para la negociación de la paz por el parlamento autonómico cubano, comunicándoselo al día siguiente al presidente McKinley, pero ni él ni su gabinete demuestran buena disposición hacia la nueva oferta, que se hubiera podido aprovechar para mediar en favor del buen entendimiento y el fin del conflicto. A Estados Unidos no le interesa el armisticio español y deja patente su manifiesto deseo de no permitir que el futuro de la Isla correspondiese sólo a los cubanos. En caso contrario no se habría leído el famoso mensaje presidencial al Congreso de 11 de abril de 1898, que no fue otra cosa que un análisis injusto, parcial, arbitrario, interesado, hipócrita y tendencioso de la situación, que inclinó al legislativo a enviar un *ultimatum* a España exigiéndole la renuncia a la soberanía de Cuba y la retirada de sus efectivos militares y navales, autorizando al presidente a utilizar la fuerza, aunque reconoce que «Estados Unidos... no tienen deseo ni intención de ejercer soberanía, jurisdicción o dominio sobre dicha isla, excepto para su pacificación, y afirman su determinación, cuando ésta se haya conseguido, de dejar el gobierno y dominio de la isla a su pueblo»²⁴. El 20 de abril

²³ «Pretendía impresionar a España con su poder naval, alentar las intransigencias de los insurrectos, irritar a los enemigos de la reforma, desmoralizar a los elementos moderados y conciliadores del nuevo gobierno, y hacer fracasar el plan de autonomía», Francisco MORALES PADRÓN, *op. cit.*, p. 121.

²⁴ Esta declaración, conocida como Enmienda Teller, se incluye en la resolución final y cuyo texto disponemos completo en H. PICHARDO, *Documentos para la historia de Cuba, I* (La Habana, 1977), pp. 509-510.

se firma la resolución conjunta y se le da a España de plazo hasta el 23 para responder en los términos exigidos. Antes de que éste se agotara —el 21 de abril— España rompe relaciones con Estados Unidos. Dos días después, el presidente McKinley ordena el bloqueo de los puertos cubanos, verdadero comienzo de las hostilidades, y el gobierno español declara la guerra el 24, dando comienzo la confrontación armada al día siguiente. El 12 de agosto se acordó el cese de las hostilidades, firmándose un protocolo, base del futuro Tratado de París de 10 de diciembre de 1898.

Las verdaderas razones que Estados Unidos pretende implantar en Cuba no están contenidas ni en su interés humanitario, ni en la Enmienda Teller, ni en el deseo de conceder la soberanía al pueblo. La imposición de la Enmienda Platt expresa el verdadero propósito de Estados Unidos al embarcarse en el proyecto del 98, a través de la cual se limita la soberanía de Cuba, dejando su gobierno en manos estadounidenses, que ocuparon a perpetuidad parte de la isla, obligándoles a vender o alquilar bases navales o estaciones carboneras, otorgándoles en definitiva el derecho a intervenir para conservar la independencia y mantener la ley y el orden, «para facilitar la defensa de los Estados Unidos»²⁵. Inmediatamente después de la «adquisición» de Cuba, McKinley destacó en su mensaje anual de diciembre de 1898 la necesidad e importancia que para el comercio estadounidense tenía al canal interoceánico.

²⁵ Gordon CONNELL-SMITH, *ob. cit.*, pp. 127-128.